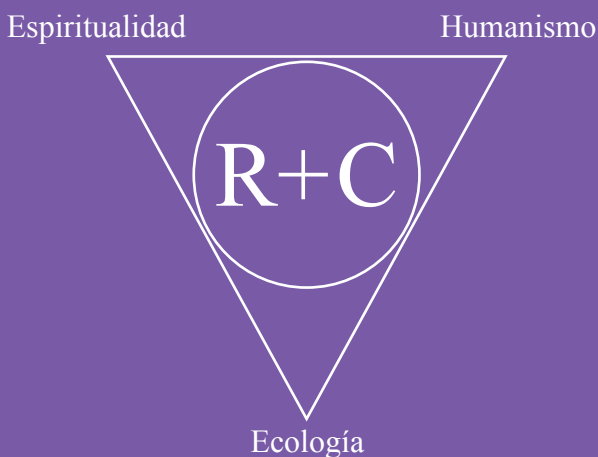


# MANIFIESTO

## Appellatio Fraternitatis Rosae Crucis 1614 - 2014

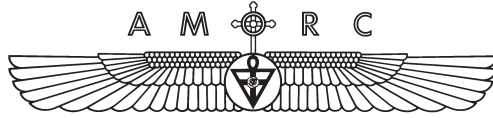
¡Salutem Punctis Trianguli!

**E**n 1614, los Rosacruces salieron de su anonimato publicando la «*Fama Fraternitatis*». Cuatro siglos más tarde, nosotros, diputados del Consejo Supremo de la Antigua y Mística Orden de la Rosa-Cruz, realizamos una llamada a los hombres y mujeres de buena voluntad, a fin de que se unan a nosotros para trabajar en la reconciliación de la humanidad consigo misma, con la naturaleza y con lo Divino. Por esta razón hacemos pública esta «*Appellatio*» bajo los auspicios de la espiritualidad, el humanismo y la ecología...



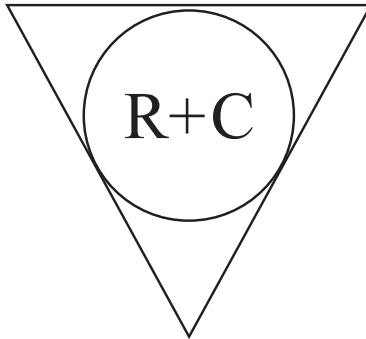
*¡Que así sea!*



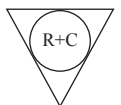


Antiquus Mysticusque Ordo Rosae Crucis

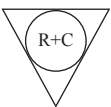
## MANIFIESTO



**Appellatio**  
**Fraternitatis Rosae Crucis**



Primera edición: Enero de 2014  
Todos los derechos reservados.

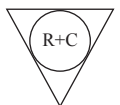


Querido lector:

En 1614, hace ahora cuatrocientos años, una misteriosa Fraternidad se dio a conocer casi al mismo tiempo en Alemania, Francia e Inglaterra, con la publicación de un Manifiesto titulado «*Fama Fraternitatis Rosae Crucis*». En aquella época, este texto suscitó numerosas reacciones, especialmente entre los pensadores, filósofos y responsables de las religiones del momento, en particular los de la Iglesia Católica. De manera general, este Manifiesto llamaba a una Reforma Universal, tanto en el campo religioso como en el político, filosófico, científico, económico, etc. Según la opinión de los historiadores, la situación entonces era caótica en muchos países de Europa, hasta el punto de que se hablaba abiertamente de «*crisis europea*».

Recordemos que la «*Fama Fraternitatis*» fue seguida por otros dos Manifiestos: la «*Confessio Fraternitatis*» y «*Las Bodas Químicas de Christian Rosenkreutz*», publicadas respectivamente en 1615 y 1616. Los autores de estos tres Manifiestos se proclamaban miembros de la Fraternidad Rosacruz y pertenecientes a un círculo de místicos conocido bajo el nombre de «*Círculo de Tübingen*». Todos ellos eran apasionados del hermetismo, la alquimia y la cábala. Unos años más tarde, en 1623, esta Fraternidad se dio a conocer todavía más al pegar en las calles de París, un enigmático cartel: «*Nosotros, Diputados del Colegio principal de la Rosa-Cruz, tomamos morada visible e invisible en esta ciudad por la gracia del Altísimo...*».

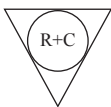
El objetivo de esta «*Appellatio*» no es exponer la historia de los Rosacruces ni sus enseñanzas. Por medio de ella, deseamos más bien conmemorar el cuarto centenario de la publicación de la «*Fama Fraternitatis*», Manifiesto fundador de la Orden de la Rosa-Cruz en el plano histórico. Si precisamos «*histórico*», es porque en el plano tradicional, esta Orden tiene sus orígenes en las Escuelas de los Misterios del antiguo Egipto, durante la XVIIIª dinastía. Michaël



Maier, célebre Rosacruz del siglo XVII, declaró además en una de sus obras: «*Nuestros orígenes son egipcios, brahmánicos, procedentes de los misterios de Eleusis y de Samotracia, de los Magos de Persia, de los Pitagóricos y de los Árabes*».

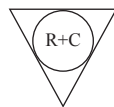
Fieles a nuestra Tradición, en 2001 publicamos un Manifiesto titulado «*Positio Fraternitatis Rosae Crucis*», en el cual dimos a conocer nuestra posición sobre el estado de la humanidad, especialmente a través de sus principales campos de actividad: la economía, la política, la tecnología, la ciencia, la religión, la moral, el arte, etc., sin olvidar su situación desde el punto de vista ecológico. Este Manifiesto, que algunos historiadores sitúan en la línea de los tres precedentes, ha sido leído por millones de personas en todo el mundo y para muchas de ellas ha constituido una base de reflexión y meditación. En algunos países, se ha recomendado su lectura a los estudiantes; en otros, se ha puesto a disposición del público en las bibliotecas municipales y nacionales, sin hablar de todos aquellos y aquellas que lo han leído a través de Internet.

Cuatro siglos después de la «*Fama*» y trece años después de la «*Positio*», hemos considerado necesario hacernos eco de nuevo de nuestras preocupaciones respecto a la humanidad. En efecto, el tiempo pasa, pero el futuro que se perfila de década en década y de año en año sigue siendo muy preocupante. La «*crisis*», como se la llama comúnmente, parece haberse instalado de forma permanente en muchos países. Sin embargo, no somos pesimistas en cuanto al futuro, y aún menos apocalípticos. En las «*Profecías de los Rosacruces*», publicadas en diciembre de 2011, se puede leer además a este respecto: «*Somos optimistas en cuanto el futuro... Más allá de las apariencias, el período turbulento que atravesamos constituye un “paso obligado” que debería permitir a la humanidad trascenderse a sí misma y renacer*».



Al igual que la «*Positio*», la «*Appellatio*» no se dirige a una élite, sea cual sea, sino a todos aquellos y aquellas que tengan conocimiento de su publicación y se tomen el tiempo de leerla. Algunos tal vez la juzgarán algo alarmista, otros más bien utópica. Con toda seguridad, no es ni dogmática ni ideológica. A través de ella, simplemente queremos expresar ideas que no son nuevas ni originales en sí mismas, especialmente para los Rosacruces, pero que a nuestro modo de ver, merecen más que nunca una reflexión. En realidad, deseamos lanzar una llamada a la espiritualidad, al humanismo y a la ecología, ya que desde nuestro punto de vista son las condiciones para que la humanidad se regenere en todos los planos y conozca la felicidad a la que aspira.

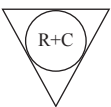
El Consejo Supremo de la AMORC.



## UNA LLAMADA A LA ESPIRITUALIDAD

**E**n nuestra opinión, la crisis que hace estragos en muchos países, por no decir en todos, no es solamente social, económica y financiera. Esas son las consecuencias de una crisis de la civilización, en el sentido global del término. Dicho de otro modo, es la humanidad como tal la que está en crisis. Pero ¿qué tipo de crisis? Aunque hayamos respondido en parte a esta pregunta en la «*Positio*», nos parece necesario retomarla y precisar nuestro pensamiento. Según nuestra filosofía y nuestros ideales, consideramos que se trata de un deber que nos incumbe como Rosacruces y como ciudadanos. En este aspecto, y contrariamente a lo que se ha podido decir de nosotros, la importancia que concedemos a la espiritualidad nunca ha ocultado el interés que concedemos al aspecto material, ya que el fin último de nuestra búsqueda ha sido desde siempre adquirir la maestría de la vida.

En primer lugar, pensamos que la humanidad se encuentra sumida en una crisis de espiritualidad. Según nuestra opinión, esto se debe a dos causas principales: las grandes religiones establecidas desde hace varios siglos ya no responden a las cuestiones existenciales que se plantean las mujeres y los hombres de nuestra época. Su doctrina y su moral ya no son adecuadas, lo que explica porqué se dejan de lado cada vez más, no sin crear un gran vacío espiritual que muchas personas ni siquiera tratan de llenar. Paralelamente, en los países llamados desarrollados, la sociedad se ha vuelto cada vez más materialista, en el sentido de que impulsa a la gente a buscar el bienestar a través de las posesiones materiales y el consumo a ultranza. Esta tendencia ha incrementado considerablemente el poder del dinero y ha pervertido su uso. De ser un medio, se ha convertido en un fin en sí mismo, algo que se desea poseer como tal, cuando no es nada en sí mismo.

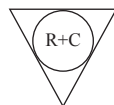




¿Quiere decir esto que las religiones actuales no tienen futuro? Antes de responder a esta pregunta, debemos recordar que las respetamos a todas en lo más noble que éstas ofrecen a sus fieles sobre cómo vivir su fe cotidiana. Pero como hemos dicho anteriormente, las conciencias y las mentalidades han evolucionado mucho desde su aparición, de modo que sus credos parecen desfasados a innumerables personas, especialmente a los jóvenes. Al no haber sabido, podido o querido actualizar su doctrina, pensamos que están condenadas a desaparecer a medio plazo. Y entonces, no quedará de ellas más que los monumentos a los que han dado origen en el transcurso de los siglos, así como los textos que se refieren a ellas, entre los que se incluyen aquellos considerados sagrados, como la Biblia, el Corán, los Upanishads, el Tripitaka, etc.

Volviendo al tema del dinero, no se trata de caer en la caricatura o la demagogia. Como moneda de cambio, es necesario para vivir en sociedad. Todos lo necesitamos para procurarnos lo imprescindible para nuestro bienestar material y para satisfacer los placeres legítimos que puede ofrecer la existencia. Pero con el tiempo, ha adquirido demasiada importancia, hasta el punto de condicionar y regir prácticamente todos los sectores de la actividad humana. En nuestros días, es objeto de un verdadero culto que ocupa el lugar de la religión, probablemente el que cuenta con el mayor número de adeptos en el mundo. Desgraciadamente, cada día se sacrifican en su altar los valores éticos más elementales (honradez, integridad, equidad, solidaridad, etc.), de modo que constituye más que nunca un vector de degradación.

De lo anterior, no deduzca que los Rosacruces somos partidarios del «*voto de pobreza*» y que pensamos que la riqueza material es incompatible con la espiritualidad. Desde que el ser humano apareció sobre la Tierra, siempre ha tratado de mejorar sus condiciones de vida y ser feliz. Esta tendencia forma parte de su naturaleza profunda y se inscribe en el proceso llamado «*evolución*». Esto no quiere decir que el propósito de la existencia sea hacerse rico, pero tampoco es

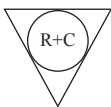


natural ni normal aspirar a ser pobre. Por otra parte, el hecho de estar desamparados material o económicamente no nos hace mejores en el plano humano y no es un criterio de elevación espiritual, como tampoco lo es el hecho de ser rico.

A nuestro modo de ver, la felicidad a la que los seres humanos aspiran más o menos conscientemente reside en un equilibrio entre lo material y lo espiritual, y no en la exclusión de uno u otro. Por esta razón todo individuo que se consagre únicamente a la espiritualidad, hasta el punto de privarse de los placeres legítimos de la vida, no puede ser feliz. Lo mismo ocurre con quienquiera que haga de las posesiones materiales el único fundamento de su bienestar. Esto explica porque muchas personas que se consideran prósperas, son desdichadas en lo más profundo de sí mismas. Si esto es así, es porque sufren un vacío interior que ni «*todo el oro del mundo*» puede colmar. En este sentido, todos conocemos el refrán: «*El dinero no da la felicidad*», aunque de hecho puede contribuir a ella.

Si se admite que el ser humano no se limita a un cuerpo material mantenido en vida por un conjunto de procesos fisico-químicos, sino que posee igualmente un alma, se comprende fácilmente que ésta también tiene necesidad de cierta forma de alimento: la espiritualidad. Pero, ¿qué es la espiritualidad? Conforme a lo que hemos dicho anteriormente, trasciende la religiosidad. Dicho de otro modo, no se limita a la creencia en Dios y a seguir un credo religioso, por respetable que sea. Consiste más bien en buscar el sentido profundo de la existencia y en despertar gradualmente lo mejor que hay en nosotros. Ahora bien, esta búsqueda de sentido y de perfeccionamiento brilla por su ausencia en nuestros días, de aquí el estado caótico del mundo y el marasmo en el que se ha hundido desde hace algunas décadas.

La mayoría de los ciudadanos de todos los países y de todas las naciones sin excepción, tienen la sensación de encontrarse en un túnel oscuro del que nadie ve la salida, ni siquiera aquellos y aquellas que



los dirigen y gobiernan. Por otra parte, no tienen conciencia de que la luz que esperan vislumbrar sólo puede proceder de ellos mismos, y no de una causa externa. Esto nos lleva de nuevo a la espiritualidad y a la necesidad de buscar en otra parte, más allá del materialismo, las soluciones a los problemas que se plantean a la humanidad. Pero tal vez Ud. forme parte de aquellos que no admiten la existencia del alma y naturalmente está en su derecho. En este caso, y si lo desea, permítanos plantearle las siguientes preguntas, tomándose el tiempo necesario para responderse a sí mismo:

- ¿A qué atribuye lo que se llama comúnmente la «voz de la conciencia»?

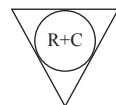
- ¿Cómo explica la capacidad del ser humano de dar muestras, entre otras virtudes, de benevolencia, generosidad, compasión y amor?

- ¿Piensa realmente que las obras de arte más bellas, sea en pintura, escultura, música u otras, tienen únicamente su origen en la mente de aquellos y aquellas que las han creado?

- ¿Cómo explica que millones de hombres y mujeres en el mundo hayan experimentado la muerte clínica, volviendo después a la vida con el recuerdo de lo que han «visto» y «escuchado» en lo que corrientemente se llama «el más allá»?

- ¿Cree realmente que si la existencia del alma fuera una quimera, los pensadores y filósofos más grandes que la humanidad haya conocido la habrían admitido como una evidencia?

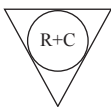
Seguramente, todo ser humano posee un alma. Desde nuestro punto de vista, ella es la que hace de cada uno de nosotros un ser vivo y consciente, capaz de pensar y de sentir emociones. En ella es igualmente donde radica lo mejor que hay en la naturaleza humana. Si vivimos en la Tierra, es precisamente para tomar conciencia de sus virtudes y expresarlas a través de nuestro juicio y nuestra conducta.



Desgraciadamente, muy pocas personas se esfuerzan en ello, incluidos los creyentes, lo que explica porqué la malevolencia, la intolerancia, el egoísmo, la envidia, el orgullo y el odio están tan presentes en este mundo, con todo lo que de ello resulta en términos de injusticia, conflictos, desigualdades y sufrimientos. En este sentido, es cierto que el mal no existe, sólo es la ausencia del bien y tiene su origen únicamente en el comportamiento humano. No es pues obra ni de Dios ni del diablo, que nunca ha existido, como tampoco los demonios que se considera actúan a su servicio.

Ahora bien, ¿qué ocurre con Dios? Durante siglos, los creyentes han visto en Él un Ser antropomórfico que mora en alguna parte del cielo y que preside el destino de todos los seres humanos. Deseosos de complacerle para obtener Sus favores, han seguido y siguen aún los preceptos predicados por las religiones, apoyándose para ello en sus Libros sagrados. Pero evidentemente, creer en Dios y ajustarse a un credo que se dice está inspirado por Él no basta para ser feliz. En caso contrario, los miles de millones de fieles que viven en el mundo lo serían, excepto los ateos. Sin embargo, no es así. Esto quiere decir que la felicidad a la que aspira todo ser humano se sitúa más allá de la religiosidad. Radica de hecho en la espiritualidad, en el sentido que le hemos dado anteriormente a este término.

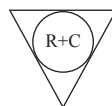
Antes de explicarle nuestra concepción de Dios, permítanos decirle porqué pensamos que Él existe, y porqué el ateísmo, aunque respetable en sí mismo, es un error de juicio: sea creyente o no, nadie puede negar la existencia del universo. Ahora bien, desde un punto de vista racional, es necesariamente el efecto de una causa creadora. Y puesto que está regido por leyes que son la admiración de los propios científicos, esto significa que esta causa es muy inteligente. Y entonces, ¿por qué no asimilarla a Dios y ver en Él la Inteligencia absoluta e impersonal que está en el origen de la Creación? Recordemos, si fuera necesario, que el universo se reducía en su origen a un centro de energía del tamaño de un átomo, que contenía en potencia el conjunto de galaxias, estrellas, planetas y astros que existen actualmente, entre ellos la misma Tierra.



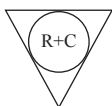
La verdadera pregunta que uno puede y debe plantearse a propósito de Dios no es en realidad saber si Él existe o no, sino saber en qué medida interviene en la vida de los seres humanos. Según nuestra opinión, Él lo hace en la medida del respeto que concedemos a las leyes por las cuales se manifiesta en el universo, en la naturaleza y en el hombre mismo. Esto supone estudiarlas, algo a lo que los Rosacruces se han consagrado desde siempre. Observará que este enfoque de Dios y del papel que juega en nuestra existencia tiene una connotación más científica que religiosa. Además, la AMORC nunca se ha opuesto a la ciencia; muy al contrario. Así es como la Universidad Rosa-Cruz Internacional, que la AMORC patrocina desde principios del siglo XX, incluye entre otras una sección de ciencias físicas.

Ha llegado el momento, más que nunca, de pasar de la religiosidad a la espiritualidad, es decir, de reemplazar definitivamente la exclusiva creencia en Dios por el conocimiento de las leyes divinas, en el sentido de leyes universales, naturales y espirituales. En este conocimiento y en la sabiduría que de ello resulta, es donde se sitúa el bienestar que todos buscamos, inclusive en el plano material. Un antiguo adagio rosacruz enuncia que *«de la ignorancia, y sólo de la ignorancia, es de lo que el hombre debe liberarse»*. Ella es en efecto la que está en el origen de lo peor que el ser humano puede hacer contra sí mismo, el prójimo y su entorno. En ella es también donde residen las diversas supersticiones que envilecen a la humanidad y le impiden desarrollarse plenamente. Por lo tanto, procure dar una orientación espiritual a su vida. Es decir, no sea únicamente un ser vivo; sea un alma viva...

Llegados a este punto, quizás se pregunte ¿qué es para nosotros la laicidad? Mientras que las religiones clásicas o modernas, occidentales u orientales, están fundadas en dogmas y estructuras según sistemas autocráticos, nosotros pensamos que la laicidad es una necesidad fundamental, a fin de preservar a la sociedad de cualquier deriva teocrática. Al mismo tiempo, esperamos que llegue el momento en el que la espiritualidad, como búsqueda de conocimiento



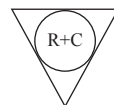
y sabiduría, forme parte de las costumbres y condicione la vida ciudadana. Y entonces, la política no será sino una con la filosofía y por lo tanto estará inspirada en el «*amor a la sabiduría*», como en el apogeo de la civilización griega. Recordemos que ésta fue la cuna de la democracia y que se le debe, entre otras, la noción de república. Recordemos igualmente que la mayoría de los filósofos que le dieron vida eran espiritualistas.



## UNA LLAMADA AL HUMANISMO

Aunque no responda favorablemente a nuestra llamada a la espiritualidad, le invitamos a dar muestras de humanismo en su vida cotidiana. En la «*Declaración Rosacruz de los Deberes del Hombre*», editada por la AMORC en septiembre de 2005, se menciona en el artículo 10: «*Todo individuo tiene el deber de considerar a la humanidad entera como si fuera su familia, y a comportarse en toda circunstancia y en todo lugar como un ciudadano del mundo, haciendo así del humanismo la base de su comportamiento y de su filosofía*». Es evidente que si todos los seres humanos cumplieran con este deber los unos hacia los otros, la palabra «*humanidad*» alcanzaría todo su sentido, de modo que la Tierra sería la expresión viva de la fraternidad, en su aplicación más noble y más universal. Desde ese momento, se podría considerar que la paz reinaría entre todos los pueblos y todas las naciones.

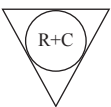
Pero ¿qué quiere decir «*ser humanista*»? En primer lugar, es considerar que todos los seres humanos son hermanos y hermanas de sangre, y que las diferencias entre ellos no son más que apariencias. Dicho esto, no suscribimos el dogma según el cual toda la humanidad habría nacido de una sola y única pareja original, en este caso Adán y Eva, si se cree en el Antiguo Testamento. Bien sea desde un punto de vista ontológico o científico, tal afirmación no tiene ningún fundamento. En efecto, semejante descendencia, debido a la consanguinidad, habría causado rápidamente degeneraciones físicas y mentales. En nuestra opinión, los seres humanos provienen del reino animal, que fue en sí mismo el escenario de una muy larga y lenta evolución de la vida, tal como se ha manifestado desde su aparición en la Tierra. Sea como fuere, todos compartimos el mismo genoma, y la sangre que corre por nuestras venas es fundamentalmente la misma. Más que una fraternidad, formamos la humanidad como tal.



Como sabe, algunos antropólogos consideran que existen tres razas, e incluso cuatro: blanca, amarilla, negra y roja. Desde hace unos años, la mayor parte de los científicos han abandonado esta diferenciación, pues la prefieren sustituir por la noción global de Raza humana. Al hacerlo, ¿quizás esperan despojar a los racistas de todo argumento de tipo «fisiológico»? En tal caso, no es necesariamente ser racista admitir la existencia de varias razas, ya que no se puede negar por ejemplo que un europeo, un asiático y un africano corresponden a homínidos que se distinguen muy claramente en el plano morfológico. Lo que sí que lo es, es pensar y decir que hay una raza superior a las otras, especialmente aquella a la que se pertenece. Lo cierto es que un verdadero humanista considera que todos los seres humanos son otras tantas células de un sólo y único cuerpo: el de la humanidad.

Numerosas personas tienen afinidad por los que pertenecen a su misma «raza», tienen su misma nacionalidad, comparten sus mismas ideas políticas o siguen su misma religión, pues eso les conforta y les da seguridad. Sin embargo, no es una razón para rechazar a los demás o, peor aún, para odiarles. Un humanista digno de este nombre respeta todas las diferencias, a condición naturalmente de que no atenten contra la dignidad o la integridad de unos y otros. Es decir, da prueba de tolerancia y no se comporta como si fuera o se sintiera superior. Eso es una señal de inteligencia, pues la intolerancia, en todas sus formas, es generalmente un atributo de la necedad o del orgullo. Por desgracia, esta debilidad, o más exactamente este defecto, es uno de los más corrientes, de aquí los numerosos conflictos que enfrentan a los hombres entre ellos.

A propósito de la tolerancia, recordemos que la AMORC tiene como divisa «*La mayor tolerancia, dentro de la más estricta independencia*». Esto explica porqué hay entre nosotros cristianos, judíos, musulmanes, etc., pero igualmente personas que no siguen ninguna religión. Algunas incluso son ateas, pero aprecian el carácter fraternal de nuestra Orden. Por otra parte, reúne desde siempre a hombres y mujeres de todas las clases sociales y de opiniones



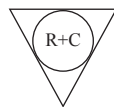


políticas diferentes, e incluso opuestas. Si más allá de sus diferencias, los Rosacruces son capaces de respetarse mutuamente y de mantener relaciones armoniosas, ¿por qué no lo podría hacer la humanidad?

Seguramente conoce el mandamiento de Jesús «*¡Amaos los unos a los otros!*», que aclaró explicando que no había que hacer a los demás lo que no quisiéramos que nos hiciesen a nosotros. Sea uno ateo o creyente, y en este último caso, sea cual sea la religión que se profese, no se puede negar que este mandamiento resume en sí mismo el ideal de comportamiento que todo individuo debería seguir en sus relaciones con el prójimo. Y si Ud. no ve en Jesús ni al maestro espiritual, ni al mesías, ni al redentor venerado en el cristianismo, todos deberíamos por lo menos reconocer que fue un humanista excepcional y que revolucionó las costumbres de su época al predicar la solidaridad y la paz, hasta el punto de exhortar a amar a los enemigos.

La sociedad actual se ha vuelto demasiado individualista, en el sentido de que el «*culto a la personalidad o a uno mismo*» se ha vuelto cultura. Bajo el efecto combinado del materialismo y de la crisis económica y social que el mundo conoce desde hace algunas décadas, cada vez más personas tienen tendencia a preocuparse sólo de su bienestar personal y a permanecer indiferentes al del prójimo. Tal actitud aleja a los ciudadanos unos de otros y contribuye a deshumanizar la sociedad. A ello se le añade el hecho de que los medios de comunicación han sustituido las interacciones directas, de modo que realmente ya no se dedica tiempo a hablar con familiares o vecinos, mientras nos enorgullecemos de tener muchos amigos (virtuales) en tal o cual red social. ¡Qué paradoja! Reaprendamos pues a dialogar en contacto físico con los demás, de corazón a corazón, de alma a alma.

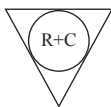
Se puede leer en la «*Positio*»: «*...comprobamos que existe una brecha cada vez más grande entre los países ricos y los países*



*pobres. En todos los países puede observarse el mismo fenómeno entre los más desfavorecidos y los más favorecidos».* Esta situación, con la que ningún humanista puede estar conforme, no ha dejado de empeorar, ya que la pobreza y la miseria no son una fatalidad, sino el resultado de una mala gestión de los recursos naturales y de los productos de la economía local, regional, nacional y mundial. Dicho de otro modo, se deben esencialmente al egoísmo de los hombres y a su falta de solidaridad. Sin embargo, tengan o no conciencia de ello, su supervivencia depende más que nunca de su capacidad de compartir y colaborar, no sólo entre ciudadanos de un mismo país, sino igualmente entre países distintos. En términos místicos, diremos que bajo el efecto de la globalización, sus karmas respectivos están ligados de tal manera que ninguna nación podrá en adelante prosperar a largo plazo sin preocuparse de aquellas que aún sufren necesidad.

Puesto que acabamos de referirnos a la globalización, pensamos que es irreversible y que por lo tanto es inútil oponerse a ella. Desde que el hombre apareció en la Tierra, no ha dejado de extender su campo de acción y de relación, primero de un clan a otro, luego de una aldea a otra, de una ciudad a otra, de un país a otro, y finalmente de un continente a otro. Con el desarrollo de los medios de transporte y de comunicación, el mundo se ha convertido en un solo país. Esa es una evolución natural de la que deberíamos regocijarnos, pues es un vector de comprensión mutua y de paz entre los pueblos. Pero este proceso no está más que en sus inicios y choca con la diversidad de culturas, mentalidades, sistemas económicos y políticos, de modo que va a exacerbar aún más las desigualdades. Por eso pensamos que hay que acelerarlo y darle una orientación humanista, a fin de que contribuya al bienestar de todos.

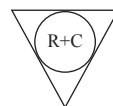
Llegamos ahora a otro punto: el individualismo no es el único obstáculo al humanismo, tal como los Rosacruces lo concebimos y anhelamos; también lo es la importancia que han adquirido las máquinas desde la mecanización y la robotización de la industria. Cuando hubieran debido limitarse a ayudar al hombre en las tareas



más penosas y difíciles, han llegado sin embargo a reemplazarlo por intereses económicos. Esta mecanización excesiva de la sociedad ha contribuido, no sólo a deshumanizarla, sino también a incrementar esa enfermedad social que es el paro. Es pues urgente volver a poner al ser humano en el lugar de la máquina en todos los sectores donde sea posible, y romper el dogma materialista que consiste en pensar y decir que *«el tiempo es oro»*.

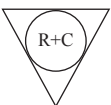
Pero los seres humanos no son únicamente hermanos y hermanas de sangre, independientemente de la *«raza»*. Son igualmente almas hermanas emanadas de una misma fuente espiritual, el Alma universal. Lo que difiere intrínsecamente entre ellos, es su nivel de evolución interna, es decir, el grado que han alcanzado en la toma de conciencia de su naturaleza divina. Añadamos que suscribimos la idea según la cual todo individuo se reencarna tantas veces como sea necesario para realizar esa toma de conciencia y alcanzar un estado de sabiduría, tal como podemos manifestarlo en la Tierra. Si admite ese principio, o más bien esa ley, comprenderá que las diferencias existentes entre los individuos en cuanto a su madurez, su profundidad espiritual, su sentido de la responsabilidad y su humanismo, se deben esencialmente al hecho de que algunos han vivido más encarnaciones que otros. Visto desde este ángulo, ningún ser humano es superior a otro; algunos simplemente están más evolucionados espiritualmente.

Aunque no crea en Dios, un humanista debe creer en el hombre y en su capacidad de trascenderse para expresar lo mejor de sí mismo. Desde luego, cuando se examina la historia de la humanidad y su situación actual, se puede tener el sentimiento de que los seres humanos son profundamente individualistas y que están condenados a hacerse daño mutuamente a causa de sus debilidades y sus defectos. No obstante, más allá de las apariencias, han evolucionado mucho en conciencia. Alrededor del mundo, cada vez más personas se rebelan contra las injusticias y las desigualdades, se manifiestan contra las guerras y a favor de la paz, denuncian las dictaduras y otros regímenes totalitarios, apelan a la fraternidad, acuden en ayuda de los



más desfavorecidos, se implican en la preservación de la naturaleza, etc. Si esto es así, es porque todo ser humano, bajo el impulso de su alma, aspira, como dijo Platón, a la bondad, al bien y a la verdad. Simplemente tiene que tomar conciencia y actuar en consecuencia.

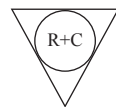
En el curso de la historia, los hombres han demostrado que son capaces de realizar cosas extraordinarias cuando recurren a lo más noble e ingenioso de la naturaleza humana. Bien sea en los campos de la arquitectura, la tecnología, la literatura, la ciencia y el arte, o en el de las relaciones entre los ciudadanos de un mismo país o de países diferentes, han sabido dar pruebas de inteligencia, creatividad, sensibilidad, solidaridad y fraternidad. Esta constatación es en sí misma reconfortante, pues confirma que el ser humano está orientado a hacer el bien y a obrar en favor de la felicidad de todos. Es precisamente por esta razón por la que debemos ser humanistas y tener fe en la humanidad.



## UNA LLAMADA A LA ECOLOGÍA

Desde nuestro punto de vista, no se puede ser humanista sin ser ecologista. En efecto, ¿cómo desear la felicidad de todos los seres humanos sin preocuparse de la preservación del planeta en el que viven? Ahora bien, todos sabemos que el planeta está en peligro y que la humanidad es en gran parte responsable: contaminaciones diversas, destrucción de ecosistemas, deforestación excesiva, masacre de especies animales, etc. En cuanto al calentamiento climático, la gran mayoría de los científicos están de acuerdo en decir que la actividad humana, si no lo ha provocado, por lo menos lo ha acelerado considerablemente, en especial a causa de los gases de efecto invernadero. Por otra parte, muchos de ellos vinculan este calentamiento y el aumento del número de tempestades y cataclismos de todo tipo, con todo lo que de él se deriva en términos de pérdidas humanas y destrucciones materiales. En cualquier caso, es evidente que si no se hace nada a corto plazo a nivel mundial para poner fin a los males que inflingimos a nuestro planeta, llegará a ser inhabitable para miles de millones de personas, o tal vez para toda la humanidad.

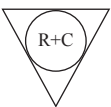
En las civilizaciones antiguas, la Tierra era considerada como la Madre de todos los seres vivos y era objeto de un culto, el de la Madre-Tierra. Hoy en día, casi nadie excepto los pueblos primitivos, como por ejemplo los aborígenes de Australia, los indios de la Amazonia y los pigmeos de África, por citar sólo los más conocidos, son quienes han conservado esta consideración. En cuanto a los hombres actuales, han llegado a considerarla ante todo como fuente de ganancias diversas, hasta el punto de explotarla más allá de lo razonable y en detrimento de su salud. Si decimos «*salud*» al hablar de nuestro planeta, es porque para nosotros es evidente que es un ser vivo e incluso consciente. Para convencerse de ello, basta con contemplar las fuerzas de vida que despliega en la naturaleza y la inteligencia que expresa a través de sus diferentes reinos, sin hablar de toda la belleza



que manifiesta. Esto es tan cierto que incluso un ateo tiene tendencia a divinizarla y a considerarla como una obra maestra de la Creación.

Según los científicos, la Tierra apareció hace unos cuatro mil quinientos millones de años, la vida hace unos cuatro mil millones de años, y el hombre hace unos tres millones de años. Pero en menos de un siglo, la hemos alterado tanto que su futuro y el nuestro están amenazados, hasta el punto que su estado es objeto actualmente de cumbres internacionales. Por desgracia, estas cumbres son meramente teóricas y se reducen a la toma de decisiones consensuadas que están lejos de ser suficientes para invertir la situación. Deseando contribuir al despertar de las conciencias en materia de ecología, la AMORC publicó en 2012 una «*Exhortación para una Ecología Espiritual*», que fue leída en el Senado de Brasil durante la «*Cumbre de la Tierra*» de Río de Janeiro. Otros debates de este tipo han tenido lugar en diversos países, pero las decisiones anunciadas siguen siendo irrisorias respecto a la situación y chocan una y otra vez con los intereses socio-económicos de unos y otros.

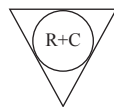
La mayoría de los países desarrollados, entre ellos los más ricos del mundo, han llegado a serlo potenciando la economía en detrimento de la ecología. Es evidente que si las naciones en vías de desarrollo siguen el mismo modelo económico, que está fundado en la sobreproducción y el consumismo, los problemas medioambientales a los que nos enfrentamos van a incrementarse y agravarse en grandes proporciones. A día de hoy, este es desgraciadamente el camino que siguen las naciones emergentes, a las que no habría que censurar, habida cuenta del ejemplo que se les ha dado. En el estado actual de las cosas, sólo nos queda esperar que lleguen, a pesar de todo, a romper con este modelo y a reemplazarlo por un sistema que asocie la economía y la ecología. Esa sería una bella y útil lección para toda la humanidad.



Los Rosacruces no somos inocentes soñadores, preocupados únicamente por el aspecto espiritual de la existencia. Desde luego, somos místicos, en el sentido etimológico del término, es decir, en el sentido de hombres y mujeres que se interesan por el estudio de los misterios de la vida, pero sabemos que es aquí abajo donde hay que instaurar el paraíso que las religiones sitúan en lo alto. Para ello, los hombres deben aprender a administrar con sabiduría los recursos naturales y los productos creados por ellos, de aquí la necesidad de procurar que la economía, a todos los niveles y en todos sus aspectos, beneficie con equidad a todos los pueblos y a todos sus ciudadanos, en el respeto a la dignidad humana y a la naturaleza.

¿Qué podría conducir a los seres humanos a desarrollar una economía ecologista? ¿El miedo a ser víctimas del calentamiento climático y de las catástrofes naturales que se le atribuyen? Aparentemente no, pues el común de los mortales tiene tendencia a pensar que eso sólo les ocurrirá a los demás. Mientras no sea afectado personalmente y no sufra, se limita generalmente a compadecerse de aquellos que son víctimas, participa eventualmente en tal o cual operación caritativa en su favor, y retoma el curso de su vida esperando salvarse de este tipo de catástrofes. ¿Será necesario que se vean afectadas muchas más personas, especialmente en los países desarrollados y ricos, para que la humanidad se rinda por fin a la evidencia? Lo cierto es que nuestra Madre Tierra está muy enferma y corre el riesgo de ser inhabitable para un gran número de seres humanos.

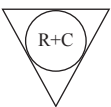
Independientemente del creciente número de personas afectadas por las catástrofes naturales que se multiplican en todas partes del mundo, es necesario señalar igualmente que según algunos científicos, la esperanza de vida, que no había dejado de aumentar en el transcurso de las últimas décadas en la mayoría de los países, comienza a disminuir. Paralelamente, el número de enfermedades cancerosas está experimentando un grandísimo incremento. ¿Por qué? En gran parte porque el aire que respiramos, el agua que bebemos y



el alimento que ingerimos están gravemente contaminados (nitratos, fosfatos, pesticidas, colorantes, conservantes), lo que ocasiona inevitablemente desórdenes orgánicos, celulares e incluso genéticos. Si a ello se le añade que el consumo de alcohol, tabaco y otras drogas conoce un crecimiento exponencial, no nos puede sorprender que la salud del ser humano esté también amenazada a corto plazo.

Otro peligro, y no es de los menores, amenaza la salud de gran número de individuos: la multitud de ondas electromagnéticas emitidas por ordenadores, teléfonos móviles y otros aparatos electrónicos. Nos falta aún perspectiva en relación a esta contaminación electromagnética, pero no cabe ninguna duda de que en ella radica el origen de diversas enfermedades. No se trata de poner en tela de juicio la utilidad de estos aparatos, sino que debe hacerse todo lo posible para que su utilización no sea un vector de patologías diversas, lo que implica la responsabilidad de aquellos que los fabrican y venden. Por otra parte, muchos usuarios muestran una falta de sabiduría en el uso que dan a esos dispositivos, en el sentido de que abusan de ellos en detrimento de su bienestar. A título de ejemplo, se ha comprobado que el número de tumores cerebrales ha aumentado considerablemente desde la aparición del teléfono móvil, especialmente entre los jóvenes.

Pero un tipo de contaminación más metafísica afecta a la humanidad: los pensamientos negativos que los seres humanos generan bajo el efecto del odio, la mala intención, el rencor, la intolerancia, la ira, la envidia, etc. En primer lugar, tales pensamientos actúan negativamente sobre las personas que los emiten o los mantienen, incluso si ellas no son conscientes objetivamente. Con el tiempo, terminan por causarles trastornos físicos o psicológicos que pueden dar lugar a enfermedades graves. En segundo lugar, contaminan el inconsciente colectivo y lo impregnan con vibraciones negativas que, a su vez, alimentan las situaciones de odio, de mala intención, de rencor, etc. Por el contrario, todo pensamiento positivo beneficia, no sólo a la persona que lo ha originado, sino también a la conciencia

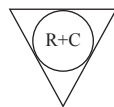




colectiva de la humanidad. Sabiéndolo, los Rosacruces nos dedicamos desde hace siglos a lo que designamos con el nombre de «*alquimia espiritual*».

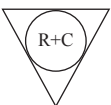
¡Quién dice enfermedad, dice medicina! Si bien hay que reconocer que ésta última, a semejanza de la cirugía, ha experimentado grandes progresos y ha contribuido mucho a la mejora de la salud, no está exenta de debilidades e incluso de desviaciones. Como la mayoría de los campos de la actividad humana, sufre la influencia del dinero, hasta el punto que casi se puede afirmar que la enfermedad es el «*negocio*» de los grandes laboratorios médicos y farmacéuticos. Actualmente, se ha demostrado que gran número de medicamentos son placebos y no tienen otros efectos que los que se les atribuyen. En cuanto a aquellos cuyas virtudes terapéuticas están demostradas, tienen para algunos efectos secundarios desastrosos. Lo mismo se constata en numerosas vacunas, algunas de las cuales se sabe que han contribuido a destruir las defensas inmunitarias naturales del ser humano. Una vez más, insistimos en el hecho de que no rechazamos ni la medicina ni la cirugía, pero afirmar que una y otra tienen como único objetivo tratar y curar sería pura hipocresía.

Bien sea en el campo médico o en otros, los seres humanos deben mantenerse lo más cerca posible de la naturaleza. Desde el momento en el que se alejan de ella, rompen con las leyes naturales y van en contra de su propio bienestar. Pero por ignorancia, orgullo y codicia, se esfuerzan desde hace demasiado tiempo en querer dominarla, cuando deberían colaborar con ella. Cegados por su suficiencia, han olvidado que la inteligencia de la que ella da prueba es infinitamente más grande que la de la humanidad, y que su poder casi no tiene límites, sólo los que ella se impone. Seguramente, los *Homo sapiens sapiens*, nombre que los científicos han dado a nuestra especie y que significa literalmente los «*hombres que saben que saben*», están aún muy lejos de saber lo esencial: que se lo deben todo a la naturaleza y no son nada sin ella.



Para nosotros, la Tierra no es únicamente el planeta en el que viven los seres humanos. Sirve igualmente de marco para su evolución espiritual y permite a cada uno realizarse como alma viviente. Tiene por lo tanto una vocación a la vez terrenal y celestial, cosa que en todo tiempo y lugar, han enseñado los más sabios de entre los pensadores y los filósofos. Mientras la humanidad no haya tomado conciencia de esta verdad y no actúe en consecuencia, el materialismo y el individualismo que prevalecen actualmente irán amplificándose, con todas las consecuencias negativas que se deriven contra ella misma y la naturaleza. Más que nunca, es urgente reinstaurar el Ternario que se encuentra en la base de todas las tradiciones esotéricas y que la propia civilización debería adoptar: Humanidad – Naturaleza – Divinidad. Mientras no lo haga, se mantendrá en el estado de sufrimiento actual y no podrá alcanzar el estado de armonía que le ha sido prometido.

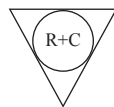
Como sabemos, la Tierra es igualmente un medio en el que viven multitud de animales, unos en estado salvaje, otros en estado doméstico. Ahora bien, ellos también poseen un alma, individual para los más evolucionados, colectiva para los que lo están menos. En realidad, todos los seres vivos tienen en común estar animados por el Alma universal y la Conciencia que les es propia. Siendo así, cada uno de ellos, según el lugar que ocupa en la cadena de la vida y el organismo del que dispone, manifiesta esta Alma y esta Conciencia en un grado más o menos elevado. Por eso no tienen el mismo nivel de inteligencia y de sensibilidad. En cualquier caso, no hay vacío ni frontera entre los reinos de la naturaleza, pues están animados por la misma Fuerza Vital y participan en un mismo proceso, el de la Evolución cósmica, tal y como se manifiesta en nuestro planeta. Sin duda alguna, el reino humano es el más avanzado en este proceso, pero eso no le da ningún derecho sobre los demás, sino deberes...



## EN CONCLUSIÓN

He aquí algunas ideas que deseábamos compartir con Ud. a través de esta «*Appellatio*». En efecto, pensamos que es urgente dar una orientación espiritual, humanista y ecologista a nuestros comportamientos individuales y colectivos. Pero si hubiera que dar una prioridad, ésta sería a la ecología. En efecto, si la humanidad consigue resolver duraderamente los problemas económicos y sociales que se le plantean, aunque paralelamente, la Tierra se haya vuelto inhabitable o difícilmente habitable para la gran mayoría de sus habitantes, ¿qué interés y qué placer habría en vivir? En este campo, aquellos y aquellas que gobiernan los países y las naciones tienen una gran responsabilidad, en el sentido de que tienen el poder de tomar decisiones y hacer que sean aplicadas. Pero si los pueblos no se interesan por la ecología y no hacen nada a su nivel para preservar la naturaleza, es evidente que la situación no dejará de empeorar y que las generaciones futuras heredarán un planeta que sólo será la sombra de lo que era.

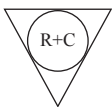
En segundo lugar, y a riesgo de sorprenderle, es el humanismo y no la espiritualidad lo que debe prevalecer. Poner al ser humano en el centro de la vida social, desde el respeto a la naturaleza, solo puede ser un vector de bienestar y de felicidad para todos, sin distinción. Esto supone ver en cada persona una extensión de sí mismo, más allá de las diferencias e incluso de las divergencias. Esa es una empresa difícil, pues cada uno tiene un ego, que tiende a hacerle individualista y lo impulsa a preocuparse ante todo de sí mismo, de sus allegados y de las personas con las que tiene afinidades diversas. Llevada al extremo, esta actitud egotista, e incluso egoísta, es la que está en el origen de las discriminaciones, segregaciones, divisiones, oposiciones, exclusiones y otras formas de rechazo entre los individuos. Por el contrario, el humanismo es sinónimo de tolerancia, de reparto, de generosidad, de empatía, en una palabra, de fraternidad. Está fundado sobre la idea de que todos los seres humanos son ciudadanos del mundo.



La necesidad de ser ecologista es relativamente evidente cuando se considera el estado del planeta. Asimismo, todo individuo suficientemente sensible e inteligente comprende porqué es bueno ser humanista, aunque él mismo no lo sea. En cambio, a priori no hay ninguna razón objetiva para ser espiritualista, en cuanto que es imposible demostrar la existencia del alma y de Dios, incluso en el sentido que los Rosacruces le damos. Por eso, aunque la espiritualidad nos parece esencial para ser felices y aportar a la vida toda su dimensión, comprendemos que se pueda ser ateo. En tal caso, nos parece evidente que el universo, la Tierra y la humanidad no le deben nada al azar y se inscriben en un Plan trascendental, por no decir divino. Precisamente por esta razón tenemos la facultad de estudiar la Creación y preguntarnos sobre el sentido profundo de la existencia. En este sentido, somos a la vez actores y espectadores de la Evolución cósmica, tal como se manifiesta en el cosmos y en nuestro planeta.

¿Quizás es Ud. ecologista y humanista, aunque no espiritualista? A menos que sea profundamente materialista, esto quiere decir que a falta de creer en Dios, Ud. tiene fe en la naturaleza y en el hombre, algo que es a la vez respetable y encomiable. Aquí, queremos hacer una distinción entre un materialista y un ateo. Por regla general, el primero hace de las posesiones materiales el ideal de su vida, a menudo en detrimento de la naturaleza y sin preocuparse de los demás. En cuanto al segundo, la mayor parte del tiempo es un creyente que lo ignora o que ha perdido la fe, en el sentido religioso del término. En cualquier caso, pensamos que la espiritualidad (y no la religiosidad) es en sí misma un vector de humanismo y de ecología, pues como hemos explicado anteriormente, está fundada en el conocimiento de las leyes divinas, en el sentido de leyes naturales, universales y espirituales. Ahora bien, quienquiera que busque este conocimiento, aunque todavía no lo haya adquirido, es por naturaleza un idealista.

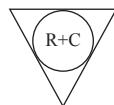
Según los antropólogos, la humanidad «moderna» apareció hace unos doscientos mil años. A escala de una vida humana, puede parecer muy antigua. Pero respecto a sus ciclos de evolución, está en



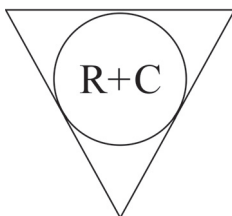
su adolescencia y muestra todas sus características: está a la búsqueda de su identidad, busca su destino, da muestras de despreocupación e incluso de inconsciencia, se cree inmortal, se entrega a los excesos, desafía la razón y se mofa del buen sentido. Esta etapa evolutiva, con su parte de dificultades, pruebas y fracasos, pero también de satisfacciones, éxitos y esperanzas, es un paso obligado que debe permitirle crecer, madurar, desarrollarse y finalmente realizarse en los planos material y espiritual. Pero para ello, debe llegar a ser adulta.

En conclusión, y según lo que precede, deseamos más que nunca que la humanidad tome una orientación espiritual, humanista y ecologista, a fin de que renazca a ella misma y dé lugar a una «*nueva humanidad*», regenerada en todos los planos. Los Rosacruces del siglo XVII ya apelaban a esta regeneración en la «*Fama Fraternitatis*». Rechazada por los conservadurismos religiosos, políticos y económicos de la época, esta llamada precursora sólo fue escuchada por los librepensadores. Ante la situación actual del mundo, nos ha parecido útil y necesario renovarla abiertamente, esperando que esta vez encuentre una respuesta más favorable.

¡Qué así sea!



Sellado el 6 de enero de 2014



Año Rosacruz 3366

